

XIII

DE QUÉ MODO FUI ACADÉMICO

El año escolar llegaba a su fin. Era para nosotros, alumnos de Filosofía, el último año de colegio. La alegría de vernos al fin libres se amenguaba con la idea de renunciar a nuestras costumbres. Máximo Denis, el más afortunado en la construcción de versos latinos, y de carácter afectuoso, nos dijo una mañana bajo las acacias, durante el recreo:

—Pronto, lanzados al ancho mundo, nos dispersaremos para seguir cada cual su carrera. Adquirimos en el colegio amistades, que es necesario defender. Las amistades de la juventud deben durar toda la vida. Dejarlas en la puerta del colegio al abandonarlo para siempre, sería dejar nuestra fortuna más preciosa. No cometeremos esa falta. Inmediatamente vamos a crear un centro donde podamos encontrarnos. ¿Qué clase de centro debe ser? ¿Un Club, un Círculo, una Sociedad, una Academia? Camaradas, vosotros lo decidiréis.

Esta proposición fué muy bien acogida; la discutimos inmediatamente y no tardamos en advertir que la fundación de una Sociedad, de un Círculo o

de un Club, exigiría fondos considerables, un trabajo de organización enorme y el conocimiento de las formalidades reglamentarias, todo ello fuera del alcance de los retóricos y de los filósofos. Es cierto que Fontanet se comprometió a organizar en tres meses un Círculo de primer orden, pero sus afirmaciones no lograron seducirnos. La mayoría votó por una Academia, sin preocuparse de lo que podría ser, pero el nombre nos halagaba.

Después de una prolongada y confusa discusión, Isambart, alumno de Filosofía, nos invitó a redactar los estatutos. Su advertencia nos pareció muy oportuna, pero nadie asumió aquella tarea tan ingrata; creímos haber hecho bastante al decir que los académicos serían elegidos entre los retóricos y los filósofos, y que las sesiones tendrían lugar con intervalos irregulares y se consagrarían a lecturas y conferencias gratas, pero serias. Elegimos veinte académicos, y nos reservamos el derecho de aumentar este número si nos parecía conveniente. Ahora me sería difícil recordar aquellos veinte nombres, y no es extraño, porque hay en el mundo una célebre Academia donde nadie podría decir los nombres de sus treinta y nueve compañeros.

Sentimos necesidad de llamar de algún modo a nuestra Academia, y hubo las proposiciones siguientes:

—Academia de los Amigos.

—Academia Moliere. Con representaciones teatrales.

—Academia Fenelon.

—Academia de Retórica y Filosofía.

—Academia Chateaubriand.

Fontanet habló, persuadido de la trascendencia de sus palabras:

—Compañeros: un hombre dotado de genio y de elocuencia consagró su larga vida a defender la causa de los vencidos. Honremos tan noble ejemplo y pongamos nuestra Academia bajo la invocación de Berryer.

Esta opinión fué acogida con burlas y gritos; no porque un famoso abogado nos pareciese indigno de honores, sino porque recordamos que Fontanet, destinado al foro, se prometía jactanciosamente reemplazar, con el tiempo, a Berryer.

Máximo Denis opinó:

—Daremos a nuestra Academia el nombre de Fontanet.

La voz de Laboriette resonó como un pistoletazo para decir:

—Propongo: Academia francesa.

Le respondió una sonora carcajada, y como no pudo comprender el motivo de nuestra risa, y era de carácter violento, se ofendió.

La Bertheliere, que gozaba prestigio entre todos, dijo con voz recia:

—Os aconsejo que nos pongamos bajo la elegida de Blas Pascal.

Esta proposición fué adoptada por unanimidad con entusiasmo.

Nuestra Academia tenía ya nombre, y entonces advertimos que le faltaba domicilio.

El rústico Chazal nos ofreció para las sesiones el desván de un vendedor de forrajes de la calle del Regard.

—Allí estaremos perfectamente—dijo—, pero no será posible encender luces por temor a un incendio.

Ese albergue, más apropiado para ratas que para académicos, desagradó a la mayoría, y entonces Fontanet propuso que nos reuniéramos en mi cuarto, a su juicio bastante capaz, bien aireado, y con vistas al muelle más hermoso de París. Estremecido ante aquel propósito juré que mi cuarto no servía para Academia, porque yo solo apenas podía revol verme en él.

Alsine ofreció un taller de puntillas, Isambart una trastienda de librería, y Savigny la casa de su tío Mauricio; pero ninguno aseguraba que los varios locales ofrecidos estuvieran disponibles. Al día siguiente, la casa del tío Mauricio, la trastienda de librería y el taller de puntillas habían desaparecido por encanto; se habían evaporado, como los palacios de Aladino, al contacto de la varita del malvado encantador. Desesperábamos ya de hallar un refugio, cuando Savigny nos aseguró que Tristán Desrais nos dejaría su cuarto. Tristán Desrais era el camarada a quien profesé durante tres meses una firme amistad, atraído por su elegancia, y a cuyo trato renuncié porque no me admitió en su partido

un día que jugaban al balón. Su cuarto, en el segundo piso de un viejo hotel de la calle de Saint-Dominique, estaba separado de las habitaciones de su familia por un largo pasillo; Savigny, que lo había visto, nos aseguraba que no era posible hallar cosa mejor; pero Desrais, interesado en una partida de barra, mostróse inabordable. La insistencia de Savigny le ablandó, porque si Desrais era ya casi un cadete, Savigny casi formaba parte de la tripulación del *Borda*. No se han conservado las frases cruzadas entre aquellos jóvenes representantes del ejército y de la marina; sólo puedo asegurar que Savigny nos comunicó luego que a Desrais le tenía sin cuidado Blas Pascal, pero que prestaría con gusto su cuarto a los académicos. Oída semejante respuesta, encargóse también Savigny de dar a Desrais las gracias en nombre de la Academia. Yo me abstuve de unir mi voto a los demás; por lo mismo que yo le había querido mucho, no le perdonaba, y tuve el mal gusto de pedir que no se le nombrase académico. Mis compañeros replicaron todos a una que no podíamos cerrar las puertas de nuestra Academia a quien nos recogía en su casa. Entonces profeticé que nuestro alojamiento en la calle Saint-Dominique llevaba consigo la ruina de tan hermosa institución. Esta profecía me la inspiró el conocimiento profundo que adquirí acerca del carácter de mi amigo mientras le traté. Al formalizar la lista de los miembros de la Academia, pusieron en la primera línea el nombre de Tristán Desrais.

Noufflard y Fontanet formaron la comisión encargada de comprar un busto de Blas Pascal, destinado a presidir nuestras sesiones.

Nombramos presidente a Alsine, y decidieron que yo pronunciara el discurso inaugural. Esta designación acariciaba mi vanidad, y la gloria me hizo entrever delicias que no ha vuelto a ofrecerme desde entonces. Me sentí elevado sobre la tierra, y aquella misma noche comencé a preparar mi discurso, que tendría mucha seriedad sin dejar de ser ameno. Lo maticé con frases afortunadas; día tras día le añadí bellezas y retoques; no dejé de pulirlo y adornarlo con pensamientos felices, hasta el último instante. Nunca se vió una obra literaria más cuidadosamente atendida; no quedó nada en que se reconociese abandono, excesiva facilidad o torpe desenvoltura; todo era natural y sencillo, a la vez que primoroso y ornamentado.

En la fecha señalada nuestros delegados consiguieron encontrar en el taller de un vaciador en yeso, de la calle de Racine un busto de Blas Pascal, de tamaño mayor que el natural, de mediatubunda expresión y aspecto lúgubre, y ordenaron que se lo llevaran a Tristán Desrais, calle de Saint-Dominique. El carácter de nuestra institución se anunciaba grave, austero y hasta un poco sombrío.

En la tarde fijada para la inauguración llovió a torrentes; los arroyos desbordados invadían las calzadas y las aceras; el agua de las alcantarillas refluía en las calles; los paraguas cedían a la furia del vien-

to. Estaba tan oscuro que era imposible ver dónde se ponía el pie; yo apretaba con ambas manos mi discurso sobre mi pecho para librarlo del diluvio. Por fin llegué a la calle de Saint-Dominique y a la casa de Tristán Desrais. En el segundo piso un viejo criado me abrió la puerta y me condujo silenciosamente, por un largo pasillo sin luz, hasta el refugio de la Academia. Sólo habían llegado tres académicos; pero si acudieran más, ¿dónde se colocarían? En el cuarto sólo había dos sillas y la cama, en la que Savigny y Chazal se habían sentado junto a Desrais. Sobre el armario de espejo asomaba el busto de Pascal, único monumento inteligente de aquella estancia cuyas paredes se cubrían de floretes, de sables y escopetas. Desrais me advirtió en tono desapacible, mientras alzaba la mano para señalar al busto:

—No es muy divertido meterse en la cama bajo la constante amenaza de que se derrumbe sobre mí esa cabezota.

Llegaron juntos dos académicos; luego uno más: Isambart, Denis y Fontanet. Pasaba el tiempo y opinaron que ya no acudiría nadie.

—Falta Alsine, nuestro presidente—exclamé, lastimado por lo reducido de mi auditorio.

—Estás loco—repuso Isambart—. ¿Quieres que permitan salir con esta lluvia, con este viento, a Jacobo Alsine, que es tísico? Sería matarle.

Como no había un presidente que me concediera la palabra, me decidí a tomarla y empecé la lectura

de mi discurso, de cuya importancia y belleza no dudé, sin que tampoco se me ocultara que su tono y sus dimensiones no eran las convenientes en aquellas circunstancias.

Lei:

«Señores académicos y queridos camaradas: Fué para mí honor inmerecido el que me otorgásteis, y me obliga a exponer aquí las intenciones que os guiaron al fundar esta Academia retórica y filosófica, puesta bajo la invocación del inolvidable Pascal, cuya imagen nos contempla sonriente. Dos propósitos que brotan de vuestros corazones y de vuestras inteligencias como dos ríos fecundos...»

Desrais, que había saludado mi discurso con aplausos irónicos, dijo de pronto:

—Oye, Nozière, no pensarás aburrirnos mucho tiempo así...

Se alzaron en mi favor algunas protestas; pero ¡qué débiles me parecieron! Desrais no hizo caso y siguió su apóstrofe:

—Guarda tus papeles y cierra el pico; entre otras cosas, porque ya nos traen el te.

En aquel momento entró una vieja criada con una bandeja. La dejó y se fué. Desrais dijo desdeñosamente:

—Es el te preparado por la familia.

Y añadió, malicioso:

—¡Tengo algo mejor!

Sacó del armario de espejo una botella de ron, dijo que prepararía un ponche y que, por no te-

ner un cacharro más a propósito, lo haría en la jofaina.

Así fué; echó el ron y el azúcar en la jofaina, y después de apagar el quinqué hizo arder el ponche.

Me convencí de que no era posible reanudar la lectura de mi discurso, entre otras cosas porque nadie lo solicitaba, y esto me produjo una mortificación cruel.

En torno del ponche danzaban los académicos cogidos por las manos; Fontanet y Sauvigny, semejantes a dos enanillos diabólicos, hacían contorsiones frenéticas. De pronto una voz exclamó:

—¡El busto! ¡El busto!

Sobre el armario iluminado por las llamas lívidas el busto había tomado un color verde y un aspecto espantoso y terrible. Parecía un muerto al salir de la tumba. Volvieron a encender el quinqué y bebimos el ponche en las tazas.

Desrais, tranquilo y afable, descolgó dos floretes y preguntó si alguno estaba dispuesto a un asalto con él.

—Yo—exclamó Chazal.

Como no había manejado nunca un florete, Chazal atacaba furioso, rugía fieramente y daba rudos botonazos a Desrais, que le llamaba bruto, salvaje y animal feroz; pero aquel muchacho le agradaba. Le desafió a levantar una silla cogida por el último barrote del respaldo con el brazo tendido y a mantenerla horizontalmente durante un minuto. Chazal admitió la apuesta y la ganó. Esto fué un motivo

más de estimación para Desrais. A los dos les era grato lucir su fuerza.

—Luchemos—dijo Desrais.

—Luchemos—respondió Chazal.

Se quedaron desnudos hasta la cintura y cifió cada uno con sus brazos el cuerpo de su adversario. Chazal, huesudo y moreno, mal conformado, presentaba un contraste absoluto con Desrais, que tenía el cuerpo como un atleta de Myrrhon. Con su inalterable serenidad se mantenía muy correcto, mientras Chazal, que ignoraba las reglas, se exponía sin desconfianza a los ardides de su adversario, y usaba con la mayor inocencia recursos prohibidos.

De este modo cogió a Desrais por la cabeza con las dos manos y le removió como a un muñeco a pesar de sus protestas indignadas.

—Hay que descalificarte—gritó Desrais—; el collar es una felonía.

—No lo dudo—replicó, sonriente, ingenuo, el rústico Chazal—, pero quedas vencido.

Desrais servía el ponche con abundancia. Cogió una baraja y se puso a jugar al ecarté con Sauvigny. Entre tanto, presos de un delirio súbito, los académicos ultrajaban a Pascal después de admitirle por patrono. Fontanet lanzó al busto unas botas que había encontrado en un estante. Desrais, mientras jugaba y perdía, rogó a Fontanet que dejara quieto su calzado, y añadió:

—En cuanto al busto, te agradeceré que me libres de su presencia.

El endiablado Fontanet no se lo hizo repetir; subióse a una silla, estiró lo más posible sus brazos, y con las puntas de los dedos clavados en la base del busto, lo atrajo, y lo dejó caer al suelo donde se hizo añicos. La Academia lanzó estrepitosos hurras en honor del iconoclasta.

El tumulto y el desorden habían llegado al colmo, cuando la criada vieja que llevó el te comparió de nuevo y dijo a Desrais:

—Su papá le recuerda que han dado ya las doce, y que debe despedirse inmediatamente de sus amigos porque vociferan de un modo intolerable.

A pesar de su desenfado habitual Desrais no protestaba contra semejante orden, y su silencio nos turbó. Nos fuimos sin más explicaciones. En la calle nos aguardaban la lluvia y el viento.

La Academia Blas Pascal no volvió a reunirse.